

La escritura como viaje

Ascesis, conocimiento y (auto)creación del yo en Petrarca y Montaigne

María Cecilia Lourdes Pardo

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Resumen

El Estridentismo incorporó en su obra las innovaciones tecnológicas de su época no en nombre de una estética futurista (a la que podría atribuírsele el deseo de representación de una modernidad técnica) de la que renegaba explícitamente, sino como recurso para dar cuenta de una “nueva sensibilidad”. Esta última fue configurada mediante la incorporación de la ciudad moderna y de sus experiencias características –disgregación, fragmentariedad, ausencia de causalidad, ritmo vertiginoso y temporalidades múltiples– no de forma mimética sino en tanto principios constructivos de su escritura. El presente trabajo analiza las representaciones de la ciudad y el retículo de relaciones establecidas entre ella y otras configuraciones de la experiencia moderna, centralizándose en “La Señorita Etcétera”, pero incorporando, a su vez, referencias a *Actual* N° 1 y a *Urbe*. Tres son los tipos de construcciones de la ciudad que allí se configuran: la ciudad dinámica, tecnológica e inabarcable; la ciudad rutinaria; y la ciudad sindicalista o revolucionaria. Si bien algunos de sus aspectos establecen relaciones contradictorias, todas confluyen en su novedad radical y en ofrecer la posibilidad, ante la experiencia disgregante de esa modernidad que presentan, de dar cuenta del sujeto carente de interioridad que las habita.

Si bien Petrarca y Montaigne se encuentran temporalmente en los dos extremos opuestos del Renacimiento, a pesar de las implicancias ideológicas y estilísticas que esa diferencia y sus correlativos efectos socioculturales generaron en sus obras, hay un rasgo que las aúna: se trata del proceso de (auto)indagación del yo en ellas emprendido. Tanto la carta que narra la subida al Monte Ventoso y *Secreto mío* de Petrarca, como los *Ensayos* de Montaigne desarrollan una escritura que compromete al sujeto autoral en la búsqueda y el despliegue de la verdad de sí. Todos estos textos se configuran formalmente de modo similar, al poseer un narrador en primera persona que apunta, extratextualmente, a superponerse con el autor. El entrecruzamiento de ambas instancias es fundamental, puesto que posibilita que la escritura se convierta en una práctica ascética.

Las condiciones del conocimiento

La exploración de la propia subjetividad requiere de una reflexión acerca del conocimiento mismo. Tanto Petrarca como Montaigne critican la erudición que se incorpora como accesorio al ser, únicamente al servicio del alarde y sin integrarse en la vida del sujeto. Montaigne, en “De la pedantería”, denuncia “...todo el mal viene de la mala manera de estudiar las ciencias (...) El cuidado y gasto de nuestros padres no tiende más que a llenarnos la cabeza de ciencia, pero poco de cordura y virtud” (1984: 94). Como establece en “De la educación de los niños”, “...la pretensión de las ciencias en general es ponerse al servicio de nuestra vida” (1984: 101). El conocimiento solo interesa en tanto tiene efectos en el sujeto; o sea, en tanto lo encamina en la búsqueda de la

virtud, de una ética. *Secreto mío* comparte esta concepción del saber: “¿De qué te ha servido poseer muchos conocimientos, si no has logrado acomodarlos a tus necesidades?” (Petrarca 1978: 121) le reprocha Agustín a Francesco. Y es que, siguiendo a Francisco Rico, “...la condena de la lectura y el saber superficiales es un *leitmotiv* del diálogo” (1974: 326), en el que Agustín incluso plantea que es preferible la ignorancia a una erudición sin consecuencias en el yo.

Para muchos teóricos el Renacimiento es sinónimo de modernidad. Sin embargo, Peter Burke señala que sus relaciones con la Edad Media son demasiado estrechas como para sostener ese postulado como una certeza incuestionable. Podemos indicar, entonces, que en ese período confluyen cualidades de diferentes estratos temporales, pudiendo entrever en él –no sin contradicciones– ciertas condiciones que serán propias de la modernidad. Michel Foucault señala: “en la época moderna la verdad ya no puede salvar al sujeto. El saber se acumula en un proceso social objetivo. El sujeto actúa sobre la verdad, pero la verdad ha dejado de actuar sobre el sujeto” (1996: 41). Las obras de Montaigne y Petrarca dan cuenta del surgimiento de esta condición del conocimiento moderno y, a la vez, atestiguan una profunda resistencia ante la misma. Sus críticas y advertencias demuestran que ya vislumbraban la intrascendencia del conocimiento en relación con el sujeto.

El diálogo de Petrarca y los ensayos de Montaigne incorporan cuantiosas referencias y citas de poetas y filósofos de la Antigüedad como fuentes de un saber autorizado. No es de extrañar, ya que una de las características distintivas del Renacimiento es el intento entusiasta de revivir aquella cultura. Burke señala: “uno de los conceptos clave de los humanistas era el de ‘imitación’; no tanto la imitación de la naturaleza como la de los grandes escritores y artistas” (1999: 34). Pero, como hemos visto, el conocimiento –incluso el propio de la cultura de la Antigüedad– solo es válido para Montaigne y Petrarca si se integra en la obra y en la vida del autor productivamente. Se trata de efectuar un complejo proceso de asimilación, en el que el saber adquirido es modificado y regenerado. Tal como establece Ugo Dotti:

Si la imitación no influenciara también el pensamiento, sería una imitación inútil, puramente retórica (...) Montaigne (...) escribe que la verdad y la razón son propiedades que todos poseen y que una opinión verdadera y justa no pertenece de derecho a quien la ha expresado primero solo porque este haya sido el primero en enunciarla. (2006: 14)

Por eso, Montaigne afirma respecto del uso de citas en sus *Ensayos* “...tan más son como cuando estaban en su lugar primitivo (...)” (1984: 94). De este modo, la verdad de la sabiduría queda establecida independientemente del dato contingente de quién la haya enunciado y la pertinencia de la noción de autoría pierde sentido en relación con ella.

La escritura como acceso al conocimiento del yo

Secreto mío escenifica un proceso de desvelamiento del sujeto. Esta actividad es encomendada por Agustín, que le plantea a Francesco:

...no pienses continuamente en lo que has sido; de vez en cuando escudriña qué eres. No creas que te hablaba del espejo sin motivo. Recuerda lo que se lee en las *Cuestiones naturales*: los espejos se inventaron para que el hombre se conociera a sí mismo. (Petrarca, 1978: 127)

En los *Ensayos* de Montaigne la escritura también funciona como un espejo en el que contemplarse para conocerse mejor. De igual forma, la caracterización de la propia escritura que estos efectúan se realiza a partir de una analogía. Pero en este caso el término de comparación no es el espejo, sino el retrato: “...soy yo mismo a quien pinto” (Montaigne, 1959: 31), y:

...no pretendía ocultar mi rostro, sino pintar el mío y no otro perfecto, el pintor que me trazara calvo y canoso. Aquí están mis humores y opiniones; los doy como creencia mía y no como cosa que se deba creer; y no tiendo más que a descubrirme a mí mismo (...) (Montaigne, 1984: 103)

Retrato o espejo del yo, en ambos autores la pregunta por la propia subjetividad es decisiva en tanto se trata de una escritura en la que el individuo se vuelve sobre sí mismo y se toma como objeto escritural. Sin embargo, en *Secreto mío* ese proceso es concebido como mera proyección mimética, en tanto los *Ensayos* acentúan el carácter artificioso de la empresa.

La personalidad de Francesco se despliega progresivamente a partir de la intervención de Agustín, que actúa como guía de este proceso. El narrador no será la voz más autorizada para hablar de sí mismo. Es el santo quien parece que accede mejor a su verdad. “No existe preocupación por uno mismo sin la presencia de un maestro (...)” (1996: 48) sostiene Foucault respecto del pensamiento sobre el sujeto en la Antigüedad.

A diferencia de Montaigne, Petrarca en este punto es deudor del pensamiento clásico. Y es que, como plantea Burke (1985: 21), Montaigne no pensó que la autoridad de los antiguos fuera decisiva. Por eso, su escritura no requiere de un guía; en cambio, se despliega según el orden azaroso de sus pensamientos. Sin embargo, la búsqueda de sí es un proceso que en ambos autores se desarrolla dialógicamente. La presencia de diversas voces en los textos es intensa. La cantidad de citas es extremadamente abundante en ambos. Asimismo, en los dos casos se trata de una escritura estructurada a partir del diálogo: ya sea porque son géneros que lo implican en su forma, como la carta y el diálogo en Petrarca; ya sea mediante el propio estilo de Montaigne, puesto que, tal como lo postula Martínez Estrada, “... su vocabulario escrito es el mismo oral; (él) compone la frase según las inflexiones de la conversación (...)” (1999: 77), a tal punto que Erich Auerbach afirma que “...después de haberlo leído durante cierto tiempo y de haber adquirido alguna familiaridad con su manera, me parecía oírlo hablar y ver sus ademanes” (1996: 296).

La escritura como viaje: los desplazamientos del yo

Secreto mío escenifica un diálogo en el que se incorporan posiciones contradictorias. Se trata de una forma que le permite a Petrarca desplegar y conocer las contradicciones que lo constituyen como el hombre escindido que en la carta dice ser:

No han transcurrido aún tres años desde que aquella voluntad disoluta y perversa, que me dominaba del todo (...) comenzó a verse reemplazada por otra (...) Entre ambas se ha entablado desde entonces una lucha agotadora, que tiene como campo de batalla mi mente, por el dominio del hombre dividido que hay en mí. (2000: 31)

El narrador de *Secreto mío* se presenta como el terreno de una guerra entre sus inclinaciones hacia el amor y la gloria, por un lado, y la virtud y la trascendencia espiritual, por el otro. La escritura opera representando esta tensión del sujeto, el “oleaje en mi alma” (1978: 142), describiéndolo en la complejidad de sus contradicciones. Este individuo es afín a la concepción de sujeto del humanismo. De acuerdo con Dotti, “...estaba enraizada en sus exponentes, y en Petrarca en primer lugar, la conciencia de su subjetividad, sobre todo móvil e inquieta, contradictoria y oscilante (...)” (2006: 19). Montaigne no solo comparte esta concepción del yo, sino que recurrentemente insiste en explicitarlo. Y es que si “el mundo no es más que un balanceo perenne; todo en él se agita sin cesar (...)” (1959: 199), el sujeto no está exento de la condición continuamente mudable de todas las cosas. Por eso señala “...el hombre es cosa pasmosamente vana, ondulante y varia, y que es bien difícil fundamentar sobre él juicio constante y uniforme”

(1959: 35). Se plantea aquí una dificultad en relación con la escritura que busca dar cuenta de él. Jean-Philippe Miraux señala:

Resulta muy difícil, como dice Montaigne, fijar el objeto, puesto que el objeto es siempre aproximativo, contradictorio, ondulante y diverso... (*Ensayos*) establecen un método heurístico de descubrimiento del yo, pero más allá de ese cuestionamiento obstinado y curioso también son la prueba de que la escritura de sí mismo es imposible, en tanto el modelo difiere a cada momento de lo que es o ha sido inmediatamente antes... (2005: 74)

Montaigne precisó inventar una escritura susceptible de amoldarse a los imprecisos contornos del yo que debía desplegar. La creación del género ensayo se vincula con el establecimiento de un método de conocimiento de un yo que no puede fijarse de una vez y para siempre: “si mi alma pudiera hacer pie, no me ensayaría, me resolvería; pero constantemente se mantiene en prueba y aprendizaje” (Montaigne, 1959: 199). Su escritura se ofrece como terreno de experimentación en dos sentidos: allí se ensaya a sí mismo, exhibiendo una pluralidad de posicionamientos subjetivos que no necesitan de una síntesis; y allí ensaya la propia escritura, desplegando una diversidad formal que el género ensayo, al que le está permitido serlo todo, le ofrece. Por otra parte, Montaigne afirma “...me contradigo fácilmente, pero la verdad... jamás la adultero” (1959: 199). Acepta así que las incoherencias son una parte ineludible de sus ensayos, puesto que si el individuo está sujeto a impredecibles procesos de cambio, estas también deberán necesariamente someterse a sucesivas transformaciones. En la totalidad de su escritura se podrán encontrar tensiones y contradicciones, pero solo de ese modo se logra una obra fiel a la verdad de un yo inestable.

Las oscilaciones, esas indefiniciones propias del sujeto presentado en *Secreto mío* y los *Ensayos*, son asumidas de forma diversa en cada uno de estos textos. En la obra de Petrarca, la convivencia de elementos en tensión es experimentada como una situación dolorosa y negativa: “con qué dolor me desgarran tan opuestos afectos, tanto me azotan uno y otro por turnos que la inteligencia, en torbellino, me arroja ahora aquí, luego allí” (1978: 123). El mismo sufrimiento aparece en la carta a Dionisio:

...mis pensamientos; reza, te lo ruego, por ellos, para que, errabundos e inestables como han sido durante largo tiempo, encuentren alguna vez reposo y, habiendo oscilado inútilmente de aquí para allá, se dirijan al único bien, verdadero, cierto e inmutable. (2000: 35)

Los *Ensayos*, en cambio, se constituyen como la forma ideal para dar cuenta de un sujeto contradictorio que se asume como tal sin ningún conflicto ni padecimiento. Esta divergencia se relaciona con las consideraciones acerca del movimiento del pensamiento y del sujeto en cada una. En los *Ensayos*, se establece que “mis conceptos y juicios solo andan a tientas, titubeando, tropezando y tambaleándose. Cuando he ido tan adelante como puedo, no me siento satisfecho, en razón de que veo horizontes más allá, si bien vagos y como entre tinieblas” (Montaigne, 1984: 102). La escritura está tensionada hacia adelante: hay un despliegue permanente de pensamientos que se encadenan entre sí en un movimiento de sucesión. No parece haber una idea previa que se deba expresar, ni un sujeto ya constituido que representar. Lo que hay son horizontes y tinieblas que lo interpelan a persistir en la actividad escrituraria, para ir a la vez conformándose a sí mismo. La escritura no solo refleja al yo, sino que lo constituye; ella es el terreno tanto de observación como de transformación del sujeto. Montaigne se ensaya a sí mismo de diversas formas, adopta posturas divergentes, plantea inclinaciones distintas. No apunta a arribar a una síntesis. Y es que el aspecto fundamental del ensayo no es la conclusión, sino el despliegue mismo de un movimiento del pensamiento.

Los textos de Petrarca también despliegan un movimiento. La carta directamente escenifica un viaje. En ella se narra el ascenso a un monte, pero el significado literal de la anécdota está al servicio de un sentido alegórico: es la transformación del sujeto, el difícil camino de la contemplación interna y espiritual, el que le permitiría su elevación más allá de los conflictos terrenales. Pero la carta finaliza con el descenso, presentando un movimiento circular. Si bien el proyecto de ascensión espiritual queda entonces asentado, no se ve consumado, tal como lo indica el ya citado pedido a su interlocutor. *Secreto mío*, por su parte, desarrolla una progresión: hay una sucesión de diversos razonamientos (y acusaciones) que Agustín efectúa respecto de Francesco, y que este va acatando o refutando. Sin embargo, se trata de un texto circular: este coloquio de tres días retoma, en el final, el primer punto del debate. Además, concluye con la afirmación de Francesco: “ya me esperan muchos e importantes asuntos –pero terrenos todavía, no soy capaz de frenar mi deseo” (Petrarca, 1978: 142). El diálogo, pues, no concluye con una sintética resolución; al contrario, el conflicto permanece irresuelto. El inacabamiento de este texto que no clausura la polémica que ha instalado es correlativo al inacabamiento del sujeto que lo protagoniza. Pero, a diferencia de la obra de Montaigne, este constituye un factor angustiante. La circularidad de la escritura se encuentra en tensión con la particular concepción del tránsito que el sujeto debería realizar en sus textos. Y es que para Petrarca no solo hay un camino, sino que también hay una meta. La misma, tal como es descrita en la carta, se caracteriza por su unicidad e inmutabilidad, y es la morada de lo “verdadero”. Allí, el sujeto encuentra “reposo” porque no está expuesto a las contradicciones que sí pueblan el camino. Esta concepción espacializante difiere de la presente en los *Ensayos*, que carece de un *télos* que guíe el movimiento de su escritura. El sujeto de Montaigne no anhela arribar a una meta específica, sino que se pierde en los vericuetos de sus digresiones y contradicciones con placer. El sujeto como totalidad orgánica no podrá ser nunca aprehendido por su escritura porque de hecho la misma contribuye a su propia transformación. Por eso establece Miraux: “...no es el ser lo que puede ser pintado, sino su pasaje” (2005: 75). Los *Ensayos* constituyen –y dan cuenta de– los procesos de devenir de un sujeto incesantemente en mutación; ellos representan esos traslados subjetivos, esos viajes del yo.

A modo de conclusión

Los textos analizados de Petrarca y Montaigne constituyen instancias que contribuyen a producir el autoconocimiento de un yo en el que se entrecruzan el narrador, el personaje principal y el autor. Para todos, el conocimiento no puede sino ir acompañado de implicancias en el sujeto. Si el saber genera cambios subjetivos, el autoconocimiento debería producir transformaciones aún más radicales. En la escritura de Petrarca, la anhelada transformación de sí se relaciona con la resolución de las tensiones internas al sujeto. Los textos muestran el camino de auto-examinación que debe atravesar para comprender en qué consiste el conflicto que lo atormenta, y así poder finalmente optar por el arduo sendero que lo llevará hacia lo “elevado” (a veces, la salvación de su alma; otras, el viraje desde una escritura poética considerada como labor menor hacia una tarea “alta”, relacionada con la filosofía moral). La circularidad de *Secreto mío* y la imposibilidad de establecer una firme decisión al respecto son factores angustiantes para este sujeto que anhela llegar con su escritura y su vida a una meta determinada. Los *Ensayos* de Montaigne, en cambio, constituyen el despliegue de una escritura que se equipara con un placentero viaje sin fin. El sujeto no preexiste a la escritura, sino que se constituye en ella, al igual que sus observaciones y pensamientos. Cobran así extrema importancia el individuo y su experiencia, puesto que el conocimiento será aquello que resulte a partir de la experiencia de la escritura. A diferencia de Petrarca, no hay un maestro que lo guíe, puesto que es ella (y los caminos que va sucesivamente atravesando) la fuente de saber. Y también, a diferencia de aquel, un impulso aleja al narrador

del punto de partida, seducido por la curiosidad de dar forma a lo difuso y el placer de explorar nuevos horizontes, empujándolo a avanzar incesantemente.

Bibliografía

- Auerbach, Erich. 1996. "L'humaine condition", en *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Villanueva, I. e Ímaz, E. (trads.). México, FCE: 265-291.
- Burke, Peter. 1985. *Montaigne*. Peña, Vidal (trad.). Madrid, Alianza.
- , 1999. *El Renacimiento*. Castells, Carme (trad.). Barcelona, Crítica.
- Dotti, Ugo. 2006. *La città dell'uomo. L'umanesimo da Petrarca a Montaigne*. Cap. II, Schamun, María José (trad.). Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Opfyl.
- Foucault, Michel. 1996. *Hermenéutica del sujeto*. Álvarez Uría, Fernando (trad.). La Plata, Altamira.
- Martínez Estrada, Ezequiel. 1999. "Estudio preliminar", en *Montaigne. Ensayos*. Barcelona, Océano: XI-XCIII.
- Miroux, Jean-Philippe. 2005. *La autobiografía: las escrituras del yo*. Cardoso, Hebe (trad.). Buenos Aires, Nueva Visión.
- Montaigne, Miguel de. 1959. "El autor al lector", en *Ensayos escogidos*. Sin crédito de traductor. México: UNAM: 31.
- , 1959. "Del arrepentimiento". En: *Ensayos escogidos. Op. Cit.*:199-215.
- , 1959. "Por diversos medios se llega al mismo fin", en *Ensayos escogidos. Op. Cit.*: 33-36.
- , 1984. "De la educación de los niños", en *Ensayos completos I*. Aguilera, Emilian (pról.). Luaces, Juan G. de (trad.). Buenos Aires, Orbis: 101-130.
- , 1984. "De la pedantería", en *Ensayos completos I. Op. Cit.*: 91-101.
- Petrarca, Francisco. 1978. *Secreto Mío*, en Petrarca, Francesco. *Obras I. Prosa*. Yarza, Carlos (trad.). Madrid, Alfaguara: 41-150.
- , 2000. "Familiares IV, I. Subida al Monte Ventoso", en Petrarca; Bruni Valla; della Mirandola, Pico y Alberti. *Manifestos del humanismo*. Morrás, María (trad.). Barcelona, Península: 25-35.
- Rico, Francisco. 1974. *Vida u obra de Petrarca, I. Lectura del "Secretum"*. Padua, Antenore.

CV

MARÍA CECILIA LOURDES PARDO ES ESTUDIANTE DEL PROFESORADO Y DE LA LICENCIATURA EN LETRAS EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (UBA), CON ORIENTACIÓN EN EL ÁREA DE TEORÍA LITERARIA. ACTUALMENTE SE DESEMPEÑA COMO DOCENTE DE PRÁCTICAS DEL LENGUAJE EN EL COLEGIO NUESTRA SEÑORA DE LOURDES DE BÉCCAR. HA PARTICIPADO COMO EXPOSITORA EN EL "VI ENCUENTRO NACIONAL DE ESTUDIANTES DE LETRAS" EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO (2010).